

Reflexión acerca de la relación entre las concepciones actuales de la situación analítica y el descentramiento de la sexualidad en la teoría psicoanalítica

Janine Chasseguet Smirgel

Hoy –9 de mayo de 1997– se ha informado en la televisión francesa sobre el arresto y las confesiones de un maestro pedófilo de 58 años, que en el curso de varios años había violado decenas de alumnos. Fue detenido luego de haber sido denunciado a la policía por una de sus víctimas, un adolescente que inmediatamente después se suicidó. La revolución sexual, la contracepción, la legalización del aborto en la mayoría de los países occidentales, el desinterés por el matrimonio, la ausencia de ostracismo hacia los homosexuales deberían ser la causa de una verdadera libertad sexual, no únicamente en lo que respecta a los comportamientos sino también en la vivencia íntima, si tan sólo los factores externos estuvieran en juego (y nadie más debería morir por haber sufrido una violación).

En los países en los que impera lo “políticamente correcto”, la posición de una cierta vanguardia es, cuando menos, paradójal. Ya no se habla de perversión sino de “parafilia”, con el pretexto de no utilizar vocablos peyorativos, debido a que todas las elecciones sexuales no sólo son permitidas, sino equivalentes. *Al mismo tiempo*, en algunos estados se obliga a quien tenga conocimiento de prácticas pedófilas, a denunciarlas bajo pena de persecuciones

por complicidad. De esta obligación no se excluye a los psicoanalistas, quienes en el ejercicio de su profesión reciben de boca de un paciente la confesión de actos sexuales realizados con niños. No se considera ni a ojos de un legislador, ni que yo sepa a los de un psicoanalista, como algo chocante o ciertamente perverso. ¿Acaso el analista no invita al paciente a contarle lo que le pasa por la cabeza? Esa es la regla fundamental de la cura. Por otra parte conocemos el carácter exagerado de ciertas acusaciones de acoso sexual, como aquella de la cual fue víctima un niño, que había besado a una pequeña compañera de clase de su misma edad. En materia sexual, el liberalismo –en el sentido anglosajón del término– puede analogarse a un puritanismo de esencia reaccionaria. Vemos entonces que en el plano social, las posiciones con respecto a lo sexual son, cuando menos, complicadas. Y el laxismo ayuda a la intolerancia. (No enfoco aquí las reacciones contra la libertad de costumbres, como aquellas que provienen de los enemigos del aborto, sino tan sólo las que vienen de los propios “liberales”). Incluso vemos cómo son acogidas en el plano social, no sin ambigüedad, las modificaciones puramente externas relativas a la sexualidad. Los analistas saben, o deberían saber, que los factores externos no son los únicos en juego cuando de sexualidad se trata, y que si hoy en día se discute de temas sexuales como si nada, eso no implica que se hayan logrado modificaciones internas. Sin evocar aquí el conjunto de la teoría freudiana y su relación indisoluble con la sexualidad –la etiología sexual de las neurosis, la extensión de lo sexual más allá de lo genital, el descubrimiento de la sexualidad infantil, la presencia original de la pulsión sexual, el síntoma como realización del deseo sexual, las dos grandes teorías de las pulsiones que oponen el Yo a la sexualidad, en un primer momento, y Eros (el amor, la sexualidad, la vida), a Thanatos (el odio, la muerte, la destrucción, etc.), en un segundo–, recordemos que la sexualidad juega un papel fundamental en la vida fantasmática, en la actividad simbólica, en el pensamiento especulativo y en todas las invenciones y creaciones humanas (las sublimaciones que utilizan un material provisto por las pulsiones sexuales parciales), especialmente ligados a lo que hay de humano en el hombre. En efecto, el descubrimiento de nuevas formas permite al hombre, al menos en parte, escapar de los esquemas preformados del instinto animal.

¿Podemos pretender hoy en día que la sexualidad ya no ocupa

ese papel central y determinante en la construcción y el funcionamiento del psiquismo? ¿El desarrollo intelectual ya no le concierne?

Recordemos que nuestro vocabulario contiene la marca del origen sexual del pensamiento, tal como lo indican los términos “concebir”, “concepción”, que se aplican tanto al dominio de las ideas como al de la reproducción. La curiosidad del niño con respecto al embarazo, el nacimiento o la intimidad de los padres, da lugar a esas “teorías que pueden ser calificadas de geniales” de las cuales habla Freud a propósito de las teorías sexuales infantiles (1908), prototipos de todo pensamiento especulativo.

En inglés, la acción de comprender se enuncia como “understand”: mantenerse por debajo –debajo de las faldas de la madre– de manera de poder ver su sexo, según R. Fliess, (1956, citado por L. Shengold, 1991). En alemán, “verstehen” podría tener un sentido parecido.

Sin embargo, dos teorías psicoanalíticas surgidas del interior mismo del psicoanálisis, aunque de manera muy diferente, han venido a cuestionar la primacía de lo sexual.

La primera corresponde a Melanie Klein, la segunda es la *Psicología del Self* de Kohut. Digamos inmediatamente que la primera, fundada en la relación de objeto, está lejos de descuidar el papel de las pulsiones y de la sexualidad, pero se trata esencialmente de las pulsiones sexuales parciales, en donde la destructibilidad se adelanta a la sexualidad.

Más que resumir apresuradamente la teoría kleiniana quisiera señalar algunas de sus utilizaciones contemporáneas, que me parece pueden ser desviadas y caer, paradójicamente también, en lo “políticamente correcto”.

Tal vez convendría recordar que es inexacto decir, como a menudo se hace, que la teoría de Freud es una teoría “individual”, de la cual la relación con el objeto estaría ausente. Es cierto que sostuvo que la pulsión buscaba ante todo satisfacerse, y que el objeto es contingente y variable. Sin embargo, no cabe duda de que en la teoría freudiana muchos elementos van al encuentro de esta indeterminación del objeto sin que el creador del psicoanálisis haya sistematizado sus intuiciones o sus constataciones clínicas. Quiero dar como primer ejemplo el *complejo de Edipo*. En efecto, si existe un conjunto de deseos en donde el objeto –los objetos– no es intercambiable, es ciertamente éste. De hecho, no

hay *pulsión* edípica sino una pulsión sexual estrechamente soldada a su objeto y, por lo demás, su satisfacción fantasmática supera la simple búsqueda de una descarga pulsional (siendo que el incesto está estrechamente ligado al retorno al cuerpo materno, es decir a la felicidad narcisista, idea que Freud tomó de Ferenczi y que explica en *Inhibición, síntoma y angustia* en 1926). La elección de objeto quedará marcada por los deseos edípicos insatisfechos y los objetos que los han suscitado. Esto nos conduce a otro concepto central del psicoanálisis freudiano, la *transferecia*. Esta permite observar en la cura no sólo la emergencia de mociones pulsionales, sino también reconocer los objetos hacia los cuales éstas se dirigían originalmente. Recordemos también que el Yo resulta de identificaciones con los objetos perdidos y que el Superyó se forma por introyección de los padres y de los abuelos. “Duelo y melancolía” (1917) desmiente formalmente que el objeto sea siempre contingente.

Finalmente, la distinción esencial que Freud hace entre neurosis y psicosis está justamente ligada a la pérdida, en esta última, del lazo con los objetos, reemplazado por el delirio, intento de cura para reconciliarse con el universo objetual. La genial interpretación del delirio de fin del mundo, como proyección de la catástrofe interna debida a la ruptura con el mundo de los objetos, atestigua la importancia acordada por Freud a la relación objetual.

Hice referencia anteriormente a la *transferencia*, piedra angular de la teoría freudiana que implica la importancia de la relación de objeto. A eso hay que agregar la *contratransferencia* en la acepción actual del término, es decir tal como se desprende de los desarrollos kleinianos y post-kleinianos, para comprender de qué forma los descubrimientos teórico-clínicos perfectamente válidos corren el riesgo de ser deformados con fines que podríamos pensar ideológicos. Así como la transferencia, considerada un elemento perturbador de la cura, es vista hoy en día como su mayor incentivo, la contratransferencia ha pasado de ser una molestia, como lo era en sus comienzos, a ser un valioso indicador de lo que le ocurre al paciente, una respuesta específica ligada – tal como dirán Money-Kyrle (1956) y Bion (1959) – a las identificaciones proyectivas del paciente en el analista en tanto que continente.

Si bien M. Klein manifestó su desacuerdo cuando P. Heimann (1950) escribió su artículo *On Counter-Transference*, la idea

según la cual la situación analítica es *interpersonal* ha ganado terreno, agrupando al conjunto de los analistas post-kleinianos y, más allá de ellos, a un número creciente de analistas norteamericanos menos influenciados concientemente, sin duda, por los kleinianos que por los kohutianos.

A pesar de los aportes certeros de algunos de estos abordajes a la comprensión de la clínica y a la técnica, los considero en parte exagerados y vinculados con el apartamiento de la sexualidad en el psicoanálisis actual. En efecto, en un cierto nivel se basan en una concepción de la situación analítica en la que ambos protagonistas de la cura estarían en una posición simétrica. Pero esta simetría es falaz, el dispositivo y el método analítico se oponen.

¿Debemos recordar que el analista está sentado, invisible, detrás del paciente? ¿Que el paciente, acostado, es invitado a decir sin control lo que le pasa por la cabeza? ¿Que viene en busca del analista con una demanda (conciente o inconciente) y una espera que no tienen su equivalente en el terapeuta? ¿Que esta asimetría es fecunda? T. Ogden (1996), quien posee una concepción “interpersonal” de la cura, insiste fuertemente en la asimetría de la pareja analítica. De este modo, puede estudiar el efecto recíproco de los “estados de rêverie” del analista y del analizando, sin caer en lo ideológico. La corriente eléctrica se transmite únicamente si existe una diferencia de potencial. Si pretendemos encontrar un prototipo objetual en la situación analítica podemos considerar, como hace Phillys Greenacre, que ésta reproduce la situación madre-bebé o padres-niño. De cualquier forma, se trata de un campo en el cual la diferencia de generaciones se reproduce independientemente de la edad de los protagonistas. En virtud de la espera y la dependencia del paciente, de su aprehensión del analista en tanto sujeto supuesto saber —el conocimiento es proyectado sobre el analista, depositario del narcisismo del sujeto— (B. Grunberger, 1956-1971), la relación va del analizando hacia el analista. No es recíproca, incluso si el analizando induce en el analista movimientos concientes e inconcientes que pueden influir en la comprensión y la interpretación del material. Pero la diferencia entre las generaciones puesta en escena en el dispositivo y la situación analítica, contiene su complemento: la diferencia entre los sexos. Si el sujeto está reviviendo su impotencia infantil, el hecho de tener un pene impúber, muy pequeño para satisfacer a una mujer adulta (la madre) y darle un hijo, o bien si

se trata de una niña, sentirse incapaz de recibir un hijo del padre, de ser para él una compañera sexual satisfactoria, este hecho está intrínsecamente ligado a la idea de la existencia de un otro adulto (padre o madre), más apto para el comercio sexual que el niño pregenital. Los dolorosos sentimientos de pequeñez, incapacidad e inadecuación pueden ser escamoteados si el analista tiene una concepción de la cura exclusivamente basada en la *mutualidad*. Una visión que reposa sobre la *interacción* en la situación analítica, corre el riesgo de hacer que el analista no se percate de los efectos de su carácter fundamentalmente desigual: la esencia misma del drama sexual del niño y de la tragedia edípica se juega en la inevitable diferencia de status de los dos protagonistas de la cura.

Considero entonces la teoría *interpersonal* de la cura como el origen, en parte, del borramiento relativo de lo sexual en el pensamiento psicoanalítico (a menos que sea a la inversa: la necesidad de desembarazarse de lo sexual habría conducido a la formulación de concepciones que habrían ayudado a borrar lo que la sexualidad guarda de profundamente escandaloso y doloroso). Se ha señalado que la teoría kleiniana no habla casi nunca de sexualidad genital, y que pone todo el acento en la destructividad. ¿No es esa una manera sutil de reducir la diferencia entre el adulto y el niño? En efecto, la sexualidad adulta es retrotraída a la sexualidad del niño; la relación con el seno y las pulsiones orales juegan ahí un papel crucial. Pienso que la impotencia primera del niño, el abismo cronológico que existe entre los deseos edípicos y la aptitud para satisfacerlos (B. Grunberger), constituyen un elemento mayor de la tragedia humana (pero también de las aptitudes del hombre para el desarrollo), y que el borramiento de este elemento crucial se encuentra en el centro de todas las teorías psicoanalíticas, incluyendo la de Freud, con su insistencia en el monismo sexual fálico (la “ausencia” de vagina materna alivia el sentimiento de inadecuación del niño).

No es mi propósito criticar aquí las concepciones de Kohut y de la *Psicología del Self*. Quisiera, sin embargo, citar una frase extraída del libro de Arnold Goldberg (1995): “La atención prestada al punto de vista dinámico ha caído un poco en descrédito entre los psicoanalistas. Lo que había sido un principio fundamental del psicoanálisis que ‘explicaba los fenómenos mentales como el resultado de la acción de las fuerzas opuestas’ (Fenichel, 1945,

II), se ha ido desgastando por un decaimiento general del sostén de la teoría de las pulsiones y la falta de convicción de que la verdad pueda ser alcanzada en términos de oposición de fuerzas” (pág. 80). La tesis del autor con respecto a la perversión es que los factores dinámicos no son más que epifenómenos, y que la perversión no es más que una “sexualización” que recubre una estructura del Self deficiente. En ningún momento se hace referencia a la regresión o a la fijación, como tampoco a la sexualidad infantil. La sexualidad en tanto tal, sirve “para mantener las cosas juntas”.

En efecto, el pensamiento de Goldberg es muy cercano al de Kohut, para quien no se trata de otra cosa más que de “*sexualización de las constelaciones narcisistas patológicas*.” (1971, pág. 77). En las “Notas preliminares” a su obra (pág. 13) trae el sueño de una paciente: “ella se encuentra sobre un columpio balanceándose de adelante hacia atrás, cada vez más alto, y sin embargo no ve ningún peligro real de caer, ni tampoco de que el columpio complete de manera incontrolable el círculo completo”. Este sueño en el cual muchos analistas reconocerían una representación del coito, con temor de pérdida de control en el orgasmo, es interpretado como una “ilustración impresionante de la naturaleza narcisista de la relación” (el analista protegiendo a la paciente).

Evidentemente, estamos muy lejos de los descubrimientos kleinianos y post-kleinianos, de su riqueza y su creatividad. No hay que descuidar sin embargo la importancia de la dimensión narcisista de la psiquis, y la teoría de Kohut abarca un campo fundamental que el psicoanálisis clásico y el de las relaciones de objeto han dejado de lado. La *Psicología del Self* tiene el mérito de distinguir claramente y sin ambages lo pulsional de lo sexual. Es el defecto de estructura del Self y de un Objeto del Self lo que conduce a la sexualización, “versión sexualizada de la necesidad de desarrollo del analizando.” (Kohut, 1984, pág. 157).

Sabemos que de las teorías de Kohut se desprenden modificaciones técnicas esenciales. La empatía, la creación de un clima de humanidad, compasión y gentileza, son el telón de fondo de la cura. También se observarán conductas técnicas, tales como la “*especularización*” y los efectos técnicos de concepciones, tal el complejo de Edipo, “como el resultado de las respuestas patológicas y patógenas de los Objetos del Sí mismo edípicos”. “El

complejo de Edipo [es] un producto de desintegración que sucede a la destrucción de un Sí mismo edípico normal.” (1984, op. cit., pág. 123). Entendemos que una concepción parecida da lugar a una visión del aparato psíquico como “normalmente” homeostático.

El trauma ya no se concibe como inevitable (la distinción entre el Sí mismo y el objeto, la diferencia entre los sexos y las generaciones, por ejemplo) y, contenido dentro de ciertos límites, como factor de maduración, sino únicamente como algo negativo que debe ser evitado a toda costa. En un número reciente del *J.A.P.A* (1996), un artículo sobre la escena primitiva afirmaba que ésta era traumática sólo bajo ciertas condiciones. Los autores agregaban: “Creemos que es ilógico declarar que un suceso psíquico es universal y al mismo tiempo patógeno”, como si el desarrollo humano se llevara a cabo naturalmente en un jardín de rosas y no a través de sucesivos traumatismos.

Creo que es a partir de estas ideas teóricas y técnicas, las que reclama la *Psicología del Self*, que han surgido desde hace un tiempo en Estados Unidos escritos y coloquios, en donde la simetría entre el analista y el analizando es cada vez más y más puesta de relieve. A esto se agrega un *mea culpa* generalizado, que hasta ahora no ha llegado a los escritos kleinianos y post-kleinianos. La última entrega del *J.A.P.A* (1997, n. 1) da cuenta de esta tendencia en más de un sentido. Así, un aviso anuncia la publicación de un libro de Judy Kantrowitz titulado *El impacto del paciente sobre el analista*. Los extractos de comentarios elogiosos con respecto al tema del libro permiten pensar que se trata de un *Psicólogo del Self*. Uno de los comentaristas observa que “la idea de que la situación analítica es un campo de interacciones ha pasado a ser una obviedad”.

La Conferencia de Mayo de la Asociación Americana de Psicoanálisis lleva por título *Cambios contemporáneos en nuestra teoría de la técnica: la participación de la personalidad del analista*.

El informe (Steven H. Cooper) de una mesa redonda de la Asociación Americana de Psicoanálisis (diciembre 1994) se titula “Modos de influencia en Psicoanálisis”. La mayoría de los oradores deben enfrentarse con el temor a ser considerados “authoritarian”. Las viñetas clínicas expuestas conducen a veces a sus autores a verdaderas autocríticas (acompañadas, es lo que al menos se aconseja, en la sesión, de un develamiento frente el

paciente de su contratransferencia, o a veces simplemente de sus errores). No estamos lejos del análisis mutuo de Ferenczi. El deseo de mostrar empatía y humanidad conduce a uno de ellos (Mc Laughlin), a expresar su preocupación de que la droga, usada por una paciente, no la dañe. Pero el resultado fue que la paciente incrementó su consumo.

Si pensamos que un cierto número de conductas como el consumo de drogas, el alcoholismo, los trastornos alimentarios tienen, ante todo, una función autárquica, la de poder prescindir del objeto que ha dado lugar a decepciones intolerables, comprendemos que una intervención de ese tipo sea vivida como intrusiva y que reactive el odio y la venganza hacia un objeto del cual se ha tratado de prescindir, conforme a la solución toxicomaniaca.

La “bondad” del analista reside, ante todo, en su comprensión profunda del material del paciente y no —¿es necesario recordarlo?— en la expresión de su preocupación hacia él. Mc Laughlin hace hincapié en “el acento que hoy se pone en la influencia mutua y la transferencia mutua”. (Vemos que ni siquiera se trata de contratransferencia, sino de transferencia por parte del analista).

Morton Gill interviene en la discusión observando que Mc Laughlin, en su exposición, refleja el retorno del péndulo: del analista superior y omnisciente se ha pasado a una gran concentración en la vivencia manifiesta del paciente. Van Spruiell se pregunta si el movimiento para alejarse de la tiranía del autoritarismo no conduciría a otro tipo de tiranía, “una tiranía del igualitarismo”.

He tratado de exponer algunas reflexiones alrededor de las concepciones actuales de la cura centradas en la mutualidad. Si la concepción de la situación analítica como campo de interacciones toma en cuenta un cierto número de factores anteriormente descuidados, especialmente la identificación proyectiva en la contratransferencia, corre el riesgo de ser desviada por una ideología igualitaria que surge más de la política que del pensamiento científico. Al relacionar los notables descubrimientos kleinianos con ciertas prácticas de la *Psicología del Self*, simplemente he querido poner el acento en el hecho que —a pesar de las diferencias fundamentales entre las dos teorías—, una descuida la sexualidad genital adulta, y la otra la sexualidad en su conjunto, de forma que estos puntos ciegos se reflejan en la concepción

simétrica del status de los dos protagonistas de la cura.

La búsqueda del placer se encuentra singularmente ausente en las teorías a las que me acabo de referir.

La sexualidad genital adulta es pasión, goce, éxtasis. No es ni (únicamente) amamantamiento pleno, ni “manera de mantener las cosas juntas”, si bien puede ser también un medio de asegurarse sobre la propia identidad, sus límites, su integridad, compensar y curar las heridas narcisistas. (Pero puede también “descompensar” al sujeto).

“No hay vida más que en las diferencias: diferencia en la temperatura, diferencia de potencial. Y si el mismo calor y el mismo frío reinan en el universo, es necesario sacudirlos para que nazcan el fuego, la explosión, el infierno”, dice el héroe de Zamiatine en *Nous autres* (1924).

BIBLIOGRAFIA

- BION, M. (1959). Attacks on Linking, in *Intern. J. of Psychoan.*, 77, N° 5, 883-900.
- COOPER, S. (1997). Modes of Influence, in *Psychoanalysis Panel Report, J.A.P.A.*, 45, N°1.
- FREUD, S. (1926). *Inhibition, symptôme, angoisse*, Paris, P.U.F.
- GOLDBERG, A. (1995). The problem of Perversion - *The view from Self-Psychology*, New Haven, Yale University Press.
- GRUNBERGER, B. (1971). *Le narcissisme - Essai psychanalytique*. (Collection d'articles de 1956 à 1971) Paris, Payot.
- HEIMANN, P. (1950). On Counter-Transference. *Intern. J. of Psychoan.*, 31, 81-84.
- KOHUT, H. (1971). *L'analyse du Soi*, Paris, P.U.F., 1979.
- (1984). *Analyse et guérison*, Paris, P.U.F. (1991).
- MONEY-KYRLE (1956). Normal Counter-Transference and its Deviations. *Intern. J. of Psychoan.*, 37, 360-366.
- OGDEN, T. (1996). Reconsidering Three Aspects of Psychoanalytic Technique. *Intern. J. of Psychoan.*, 77, N° 5, 883-900.
- SHENGOLD, L. (1991). *Father don't you see I'm Burning*. New York. Guilford Press.

Traducido por Marina Calabrese.

Descriptores: Curación. Sexualidad. Situación analítica. Teoría psicoanalítica.

Janine Chasseguet Smirgel
82 rue de l'Université
75007 Paris
France